

La enfermedad y la muerte de Carrión

POR EL DOCTOR
CARLOS MONGE

Lima, 24 de agosto de 1926.

Señor doctor Hermilio VALDIZÁN.

Mi querido amigo:

He escrito estas líneas con todo cariño.

En ellas brilla más la labor científica que el sacrificio de CARRIÓN, que se destaca mejor, a pesar de todo, porque su muerte ya no es simplemente un gesto romántico, sino el acto reflexivo del muchacho, genial e investigador, que paga con su vida su inquietud por la verdad. En nuestra atormentada vida de estudiosos no hemos sentido, alguna vez, un estímulo semejante, y hubimos de detenernos porque nos faltó el valor para seguir adelante? No todos los días hay hombres como CARRIÓN.

Su obra es un campo exhuberante y florido. Y su muerte? Después de conocer bien lo que hizo, hay que decir, con MAETERLINCK (en su «Oisseau bleu»): *il n'y a pas des morts*. Su obra—repito—es un campo exhuberante y florido: cuarenta años vieja, y que ahora no hace sino remozarse; pero más bella entonces que ahora, porque CARRIÓN fue un precursor. Y esto no se ha dicho suficientemente.

He visto, don Hermilio, un rincón de su vida cotidiana en la Historia de la Medicina del Perú. Por eso, hoy comprendo a Ud. mejor que nunca, y me comprenderá Ud. mejor que nadie.

Quiera aceptar la fraternal dedicatoria. Afectuosamente,

Carlos Monge.*

* Agradecemos muy hondamente la dedicatoria amable que nos hace el profesor MONGE. Lealmente vinculados a él desde los días venturosos de la animosa juventud, espectadores entusiastas de la hermosa senda por él recorrida en el campo de la Ciencia, aceptamos su dedicatoria de este justiciero comentario de la obra casi olvidada de CARRIÓN, a título de exageración amable de bondad y a título de palabra generosa de estímulo para proseguir nuestra labor de modestísimo Cronista de la Historia Médica Peruana. Por lo demás, este nuevo estudio del doctor MONGE respecto a la enfermedad de CARRIÓN, representa la mejor presentación que pudiéramos hacer del folleto que reproducimos en seguida.—H. VALDIZÁN.

La demostración de la unidad etiológica de la Verruga eruptiva del Perú y la llamada Fiebre de La Oroya, se hizo el día que CARRIÓN se inoculó el botón verrucoso y reprodujo la forma maligna de la enfermedad (Fiebre de La Oroya), pagando con su muerte su devoción científica.

Por desgracia, entre nosotros, se ha hecho resaltar más su sacrificio que su labor científica, lo que ha traído como consecuencia que la juventud médica actual no sepa apreciarla debidamente. No hay, pues, que extrañarse de que en el extranjero no sólo se niegue importancia alguna a la experimentación que lo llevó a la tumba, sino que aun se desconozca que sus trabajos fueron publicados. Efectivamente, en el «Report of the first expedition to South-America (Harvard University)»*, STRONG y sus colaboradores dicen: «Aunque se ha dicho que CARRIÓN, durante su enfermedad, escribió notas y dió una descripción minuciosa de sus síntomas, a sus amigos, parece, desgraciadamente, que nada de esto se conservó ni publicó. No ha sido posible obtener el protocolo del caso de CARRIÓN o de su autopsia. Se ha supuesto que murió de tifoidea o de alguna septicemia aguda.» Estas aseveraciones, enteramente inexactas, son explicables en personas que sólo pasaron unas cuantas semanas entre nosotros y que confundieron lamentablemente las cosas, haciendo dos enfermedades de una sola. Se hace, pues, indispensable dar a la obra de CARRIÓN su verdadero valor; hacerla difundir e interpretarla a la luz de los conocimientos actuales. Tal es el objeto de estas notas.

La enfermedad que mató a Carrión:

Si analizamos la historia clínica ** de la enfermedad que mató a CARRIÓN, que él escribió durante ocho días y que sus amigos continuaron hasta su muerte (observando el protocolo científico más riguroso), son de señalar los siguientes hechos fundamentales:

1º—Inoculación: el 27 de agosto de 1885; primeros síntomas: el 17 de setiembre; lo que significa una incubación de 21 días.

2º—Ligero malestar general (seguramente estado subfebril) durante dos días, seguidos de 39.8º al tercero, y que luego baja paulatinamente: 37.9, 37.6, 37.2, para llegar a

* Véase en la página 80 la nota bibliográfica 204.

** «La verruga peruana y Daniel A. CARRIÓN»; Lima, 1886. Folleto reproducido a continuación del presente estudio. Véase en la página 56 la nota bibliográfica 57.

la hipotermia: 36.7, 36.3, en que se produce la muerte, con una exacerbación preagónica de 37.2°, el 5 de octubre de 1885.

3°—Algias típicas. Cefalalgia intensa, gravativa. Dolor constrictivo del tórax y paredes abdominales; artralgias; calambres dolorísimos en las extremidades, que inmovilizan al enfermo y que sólo ceden cuando el mal ha llegado a su culminación.

4°—Tinte subictérico, y luego anemia intensa de la piel y las mucosas. Soplo suave de la base que, más tarde, con los progresos de la enfermedad, adquiere tal significación, que el enfermo lo percibe en las carótidas y le impide el sueño. La anemia llega a tal grado, que el enfermo no puede levantar la cabeza, porque sobreviene vértigos. A los 17 días de enfermedad, presenta 1.085,000 glóbulos rojos; 600,000 la víspera de la muerte (Comunicación al doctor R. FLÓREZ.). Hay una sed insaciable.

5°—Aparición de pequeñas «manchitas rojas»—según la expresión de CARRIÓN—en el ala de la nariz y en la frente, que desaparecieron al cabo de cuatro a cinco días.

6°—Anorexia, insomnio, postración, perturbaciones digestivas, sensibilidad en el hipocondrio derecho. Pulso frecuente.

No conocemos en la Patología ninguna entidad morbosa que ofrezca un cuadro semejante. No vale la pena discutir siquiera si pudo tratarse de fiebre tifoidea o de una Septicemia piógena. Sólo la ignorancia de los hechos, el desconocimiento absoluto de lo que es la Verruga, pudo originar tan pueril afirmación. En realidad, ese cuadro es característico de la forma maligna de Verruga del Perú (Fiebre grave de CARRIÓN: ODRIÓZOLA; Verruga maligna: ARCE; Fiebre de La Oroya: de los antiguos clínicos.).

La enfermedad de Carrión y la Verruga experimental de Battistini:

Los trabajos de BATTISTINI han conseguido reproducir la Verruga del Perú en el mono, en sus diferentes formas. Ahora, bien; basta leer el protocolo de la inoculación del *Macacus Rhesus*, en que este investigador reprodujo la Verruga maligna, para ver reproducida la enfermedad que mató a CARRIÓN. Efectivamente, en él puede verse cómo después de un alza de temperatura de dos días, la fiebre llega al tercero, a su período de acmé; puede observarse cómo se instala la ane-

mia y, día a día, va acentuándose, hasta adquirir enormes proporciones; puede verse cómo la temperatura comienza a descender, para caer después a la hipotermia, con una exacerbación preagónica. Quizá si hasta puede asegurarse que los dolores formaron parte del cortejo sintomático, puesto que el menor contacto hacía gritar al animal. El cuadro clínico es, pues, exactamente superponible en uno y otro caso.

La enfermedad de Carrión y su historia clínica:

Nos parece conveniente dejar constancia expresa de que la historia de la enfermedad de CARRIÓN fue escrita sin prejuicio alguno. En efecto, es de notar que, en aquella época, la Patología de las formas malignas de Verruga no estaba hecha. CARRIÓN ignoraba en lo absoluto que la Fiebre de La Oroya representase la forma virulenta de este mal. Por eso, hay que dar a sus anotaciones un enorme valor. Él buscaba los signos premonitorios de la Verruga eruptiva. En cuanto al grupo de sus amigos (MEDINA, MESTANZA, ARCE, ALCEDÁN, MIRANDA, MONTERO; todos los cuales han tenido después una actuación destacada en la Medicina y en el Profesorado nacional, y que terminaron el protocolo de su enfermedad), conocían, probablemente, menos sobre Verruga que su compañero, el infortunado CARRIÓN, quien estudió la Verruga de 1881 a 1885. Es preciso convenir, pues, que la primera descripción que se ha hecho de la Verruga maligna, en debida forma, es la historia de la enfermedad de CARRIÓN, escrita sin prejuicio, como que no se conocía bien esta entidad morbosa.

Vale la pena hacer resaltar este punto, porque hubiera podido creerse, por algún espíritu suspicaz, que pesaba sobre CARRIÓN, o sus amigos, la sugestión de la Fiebre de La Oroya. El mismo CARRIÓN, al darse cuenta de su mal, exclama*: «Hasta ahora había creído que me encontraba tan sólo en la invasión de la Verruga, en aquel período anemizante que precede a la erupción; pero ahora me encuentro firmemente persuadido de que estoy atacado de la fiebre de que murió nuestro amigo ORIHUELA: He aquí la prueba palpable de que la Fiebre de La Oroya y la Verruga reconocen el mismo origen.» La verdad histórica no necesita más demostración.

* Obra citada.

La labor científica de Carrión:

La obra de construcción clínica y nosológica de la Verruga del Perú, se debe enteramente a CARRIÓN. La llevó a cabo durante los años de 1881 a 1885. Consta de nueve historias clínicas, de las que una terminada por la muerte; pues CARRIÓN sabía que su inoculación lo exponía a un grave riesgo, lo que es sensible no se haya hecho resaltar, para mejor información de los que prefieren la crítica a la labor constructiva.

Tiene observaciones, sobre la sintomatología de la Verruga eruptiva, de tal importancia, que nos complacemos en reproducir:

«Al principio y en los lugares en que va a tener lugar la erupción, se presenta, algunas veces, pequenísimas manchas rojas y, otras (es este el caso más general), globulitos o vesiculitas muy diminutas, brillantes y enteramente semejantes a lo que en Patología se llama sudamina blanca; en ambos casos la piel es el sitio de una comezón bastante notable.» En otra parte, agrega: «Algunas veces, los enfermos acusan dolores al nivel de los tumores verrucosos, comparando sus sufrimientos a los que producirían pinchazos de alfiler. Cuando la erupción es abundante, se observa, entonces, abotagamiento o tumefacción de la piel.» En realidad, sus descripciones de las distintas formas de Verruga eruptiva, no han sido superadas. A nuestro juicio, este capítulo bastaría por sí solo para hacer de CARRIÓN un hombre de Ciencia.

En lo que respecta a la parte nosográfica, su definición es insuperable y de un alcance verdaderamente sorprendente. La división en períodos, la evolución de cada uno de ellos, su terminación, tienen toda la fuerza de los clínicos sagaces de su época. En realidad, se debe a él y al recordado doctor Tomás SALAZAR, el establecimiento de los caracteres pre-eruptivos. La sintomatología de la verruga eruptiva, que supone de origen parasitario, está expuesta con tal precisión, tal juicio clínico y un tan sagaz espíritu de observación, que su lectura constituye la mejor información sintética que el práctico puede obtener sobre esta forma de la enfermedad.

De otro lado, basta su enfermedad y muerte; aparte de algunas sugerencias sobre la posible identidad de la Fiebre de La Oroya y la Verruga eruptiva, no se había hecho todavía un cuerpo de doctrina. Y no hay que extrañarse; puesto que recientemente STRONG ha creado en el mundo, con la enorme difusión de sus publicaciones, la era de confusión de la Verruga, hacien-

do, nuevamente, dos enfermedades de una sola, error pernicioso contra el que se elevaron todos los clínicos peruanos; que ha hecho extraviar la opinión de los autores extranjeros, y al que felizmente ha puesto término los brillantes trabajos experimentales de BATTISTINI, en forma final e indiscutible. Para STRONG, teníamos en el Perú * «el triste privilegio de dos enfermedades exclusivas a nuestro país, con la misma distribución geográfica, y que simultáneamente atacaban al mismo individuo.» Pues, bien; CARRIÓN, con su inoculación, hizo la primera demostración experimental de la unidad de la Verruga. Y no solamente eso, sino que se apercibió del resultado de su inoculación, cuando pronunció las frases que hemos copiado en el capítulo anterior y que demuestran cómo ni la enfermedad obscureció el criterio admirable de este hombre de Ciencia. Por eso, conviene insistir en que corresponde a CARRIÓN el mérito de haber hecho la unidad de la Verruga. Pero hay más todavía: Las descripciones que se han hecho de la Verruga maligna podrán renovarse periódicamente para adaptarlas a las informaciones de la Ciencia moderna, pero permanecerá inalterable la descripción de la enfermedad que lo llevó a la tumba y que él escribió de su puño y letra en el doloroso diario de su enfermedad. En él describe síntomas sutiles, como las petequias que le aparecieron en la cara, y que constituyen signos preciosos, cuando el clínico está perplejo, para el diagnóstico clínico de la enfermedad. La Fiebre Grave de CARRIÓN (ODRIOZOLA), Verruga maligna (ARCE), está, pues, admirablemente descrita en el diario de CARRIÓN.

En suma, en el acervo científico de CARRIÓN debe señalarse: sus observaciones clínicas, que llevó a cabo durante cuatro años; la descripción nosológica de la Verruga eruptiva; su inoculación, que estableció la unidad de la Verruga eruptiva y maligna; el reconocimiento que CARRIÓN hizo de que quedaba establecida la unidad clínica de la Verruga en sus dos formas; y la descripción acabada de la Verruga maligna en la historia de la enfermedad que lo llevó a la tumba.

Esta ha sido la obra científica de observación, de experimentación y de síntesis, que llevó a cabo un genial y modesto investigador peruano.

* «Sonderabdruck aus Beiheft 1 zum Archiv für Schiffs und Tropenhygiene»; Band, 29; 1925, Leipzig. Carlos MONGE.